

JUNICHIRO

ANIZAKI

Retrato  
de Shunkin

Siruela

Índice

Cubierta  
Retrato de Shunkin  
Créditos

Shunkin (nacida Mozuya Koto, pero más conocida por su nombre de profesión) era hija de un droguero mayorista de Osaka. Murió el 14 de octubre de 1886 –el año decimonoveno de la era Meiji– y está enterrada en el parque de cierto templo budista de la secta de la Tierra Pura, en el distrito Shitadera de Osaka.

Hace unos días acerté a pasar por el templo y entré con la intención de visitar su tumba. Cuando le pregunté al portero dónde estaban los enterramientos de los Mozuya, me respondió: «Por aquí, señor», y me condujo al otro lado del edificio principal. Allí, a la sombra de un grupo de viejas camelias, se alzaban las estelas de generación tras generación de la familia Mozuya; pero ninguna parecía ser la de Shunkin.

Le hablé de ella al portero. Él, comentando que su sepultura tenía que estar en algún sitio, se paró a pensar, y por fin dijo: «Podría ser la del monte». Y me dirigí a unos escalones que subían por una ladera empinada, en el lado oriental del parque.

Como quizá sepa el lector, el santuario de Ikutama se alza sobre una eminencia que domina Shitadera; esa ladera que acabo de mencionar asciende desde el parque del templo hacia el santuario y está espesamente arbolada, cosa rara en Osaka. Encontramos la estela de Shunkin en un pequeño claro a media altura. Llevaba esta inscripción:

MOZUYA KOTO, también llamada SHUNKIN,  
Falleció el 14 de octubre  
Del año decimonoveno de Meiji  
A la edad de cincuenta y siete años.

En un lateral estaban talladas las palabras: «Erigida por su discípulo Nukui Sasuke». Tal vez la razón de que Shunkin fuera sepultada lejos de su familia fue que, aunque nunca se casaran legalmente, ella y su «discípulo», el celebrado maestro del samisen Nukui Sasuke, habían convivido como marido y mujer.

Según el portero la familia Mozuya se arruinó hace mucho tiempo, y sus descendientes ya no venían casi nunca a visitar las tumbas, desde luego no la de Shunkin.

–Yo no creí que perteneciera a esa familia –dijo.

–¿Así que la sepultura está abandonada? –pregunté.

–No –me respondió–, no del todo. Un par de veces al año viene por aquí una señora de Haginochaya ya mayor, de aspecto como de

setenta años. Reza, pone flores y quema incienso, y después... –se detuvo apuntando a otra tumba que había a la izquierda de la de Shunkin–. ¿Ve usted esa estela pequeña de al lado? Cuando termina se acerca allí y hace lo mismo. Y paga al templo por el mantenimiento de las dos sepulturas.

Fui a examinar la otra estela. Venía a ser como la mitad de la de Shunkin, y tenía esta inscripción:

NUKUI SASUKE, también llamado KINDAI,  
Discípulo de Mozuya Shunkin,  
Falleció el 14 de octubre  
Del año cuadragésimo de Meiji  
A la edad de ochenta y dos años.

Así que ésta era la tumba del famoso virtuoso. El hecho de que su monumento sea más pequeño que el de Shunkin, y que aparezca en él descrito como su discípulo, demuestra que hasta en la muerte quiso seguir humillándose ante ella. Desde aquel punto de la ladera, junto a las dos estelas bañadas por el sol de media tarde, contemplé la ciudad que se extendía a mis pies. Sin duda este terreno escarpado, que por el oeste llega hasta el Templo de Tenno, ha conservado el mismo contorno durante toda la larga historia de Osaka. Hoy la hierba y el follaje, manchados de hollín, tienen un aspecto mortecino; los grandes árboles están marchitos y polvorientos, y dan un aire gris al escenario. Pero cuando se excavaron aquellas tumbas el paraje tuvo que ser frondoso: todavía ahora es sin duda el lugar de enterramiento más apacible de Osaka y el que tiene mejores vistas. Allá en la altura sobre la ciudad más industrial del Oriente, por encima de los innumerables edificios de muchos pisos que rompen la bruma vespertina, maestra y discípulo yacen juntos en su sueño eterno, unidos por un misterioso destino. Osaka se ha hecho irreconocible desde los tiempos de Sasuke, pero esas dos piedras siguen dando testimonio de su amor a Shunkin.

La familia Nukui pertenecía a la secta budista de Nichiren, y todas las sepulturas familiares excepto la de Sasuke están en un templo de Hino, lugar donde él mismo nació, en la provincia de Omi. Sin embargo, el deseo ardiente de ser enterrado al lado de Shunkin le llevó a abandonar la fe de sus ancestros y unirse a la secta de la Tierra Pura. Dicen que todo lo referente a las dos tumbas, incluidos el tamaño y la posición de las estelas, se dispuso cuando aún vivía Shunkin. Su estela medirá casi un par de metros, y la de Sasuke no llega a metro y medio. Las dos comparten una plataforma enlosada,

y hay un pino plantado a la derecha de la de Shunkin que extiende protectoramente sobre ella su verde ramaje. La estela de Sasuke se alza un poco más allá a la izquierda, como un humilde servidor, justo donde terminan las ramas del pino. Mirándola recordé cuán fielmente había servido Sasuke a su maestra, siguiéndola como una sombra y atendiendo a todas sus necesidades. Me pareció como si las piedras tuvieran almas, y como si en aquel mismo momento él todavía se deleitara en la felicidad de ella.

Después de arrodillarme por unos instantes ante la tumba de Shunkin, pasé la mano con cariño sobre el borde superior de la estela de Sasuke. Luego deambulé por el monte hasta que el sol se ocultó más allá de la ciudad.

No hace mucho tiempo adquirí un pequeño volumen titulado *La vida de Mozuya Shunkin*, que despertó mi interés por ella. Es un libro de sesenta páginas, encuadernado a la japonesa e impreso con caracteres grandes en papel hecho a mano. Deduje que Sasuke habría pedido a alguien que redactara la biografía de su maestra para distribuirla en privado en el segundo aniversario de su muerte. Aunque el texto está escrito en el estilo literario de otra época y el propio Sasuke aparece en tercera persona, sin duda fue él quien suministró todo el material, y no sería exagerado atribuirle la autoría.

Cito de la *Vida*:

Durante generaciones la familia Mozuya ha tenido una casa de droguería en Doshō-machi de Osaka, la firma Mozuya Yasuzaemon. El padre de Shunkin era el séptimo de la dinastía. Su madre, Shigé, procedía de la familia Atobe de Kioto, y le dio dos hijos y cuatro hijas. Shunkin, segunda de las hijas, nació el 24 de mayo de 1829, año duodécimo de la era Bunsei. [...] Desde su más tierna infancia Shunkin no sólo dio muestras de extraordinaria inteligencia, sino que estuvo adornada por una gracia aristocrática y una belleza sin par. Cuando a los tres años empezó a recibir clases de danza, parecía como si los movimientos correctos no le costaran el menor esfuerzo, y en sus ademanes había mayor encanto que en los de ninguna joven danzarina profesional. Se dice que su maestro se admiraba de sus aptitudes. «¡Qué niña tan maravillosa!», exclamaba. «Con esa belleza y ese talento podría llegar a ser una de las geishas más famosas del país. ¡Lástima que haya nacido en una familia respetable!» Shunkin aprendió a leer y a escribir también a edad temprana, con tan extraordinario aprovechamiento que no tardó en aventajar a sus hermanos mayores.

Suponiendo que el origen de esos datos fuera Sasuke, que parece haberla idolatrado, es difícil decidir cuáles de ellos son dignos de crédito. De todos modos, hay otros muchos indicios de que efectivamente había sido adornada con «gracia y belleza aristocráticas».

En aquella época la mayoría de las mujeres eran de corta estatura, y se dice que Shunkin no llegaba a un metro cincuenta; de figura exquisita, tenía facciones delicadas, y finas las muñecas y los tobillos. Hay una fotografía que la muestra a los treinta y seis años, con un rostro de óvalo clásico y rasgos de modelado tan suave que parecen casi etéreos. Pero ese retrato, lógicamente si se piensa que data de la década de 1860, está moteado por el tiempo y desvaído como un viejo recuerdo. Quizá sea por eso por lo que en mí produce un efecto tan débil. En esa fotografía borrosa sólo detecto el refinamiento normal en una señora de familia de comerciantes adinerados de Osaka; hermosa, sí, pero sin verdadera personalidad. Lo mismo podría tener treinta y seis años que diez menos.

Cuando se tomó esa fotografía hacía más de dos décadas que Shunkin había perdido la vista, y sin embargo su aspecto es simplemente el de una mujer que hubiera cerrado los ojos. Se ha dicho que los sordos parecen tontos y los ciegos parecen sabios: los sordos, esforzándose por captar lo que se dice, fruncen las cejas, abren la boca, ponen los ojos en blanco o inclinan la cabeza a lado y a otro, todo lo cual les confiere un aire de estupidez; mientras que los ciegos, al permanecer tranquilamente sentados con la cabeza un poco baja como si meditaran, parecen personas muy reflexivas. Como quiera que sea, estamos tan acostumbrados a ver los «ojos misericordiosos» entornados con que Buda y los bodhisattvas contemplan a todos los seres vivos, que los ojos cerrados nos parecen más benévolos que los abiertos; tal vez incluso nos infunden un sagrado respeto. Y Shunkin es una mujer de aspecto tan manso y amable que se siente una actitud de compasión en sus ojos velados, como la sentiríamos en los de Kannon, la diosa de la misericordia.

Que yo sepa, es la única fotografía que se tomó de ella. Cuando era más joven aún no se había introducido ese arte en el Japón, y en aquel mismo año sufrió un percance tras el cual ciertamente no permitiría que nadie la fotografiara. Así que sólo tenemos un único y tenue reflejo que nos ayude a imaginar su aspecto. Sin duda yo he dado una impresión vaga y deficiente de cómo era; pero la propia fotografía es, quizá, todavía más vaga que la impresión que transmiten mis palabras.

Se me ocurre que cuando se tomó esa fotografía de Shunkin a los treinta y seis años fue poco antes de que Sasuke se quedara ciego; la última vez que la vio debió de tener un aspecto muy similar. ¿Estaría la imagen de Shunkin que recordara en la ancianidad tan desvaída como esta fotografía, o quizá su imaginación iría compensando el debilitamiento gradual de su memoria? ¿Se haría Sasuke la

imagen de otra mujer hermosa, totalmente distinta de la mujer de la fotografía? La *Vida de Shunkin* prosigue con este pasaje:

Por consiguiente, sus padres la tenían por su joya más preciada, y le daban la preferencia sobre sus cinco hermanos y hermanas. Sin embargo, a los ocho años de edad Shunkin tuvo la desgracia de contraer una enfermedad de los ojos, y pronto perdió totalmente la vista. Sus padres quedaron destrozados; su madre casi enloqueció de dolor, y se llenó de acritud hacia el mundo entero por la desdicha de su hija. A partir de entonces Shunkin dejó de bailar, y aplicó todas sus energías al estudio del koto y del samisen, y al arte afín del canto. Consagró su vida a la música.

No está claro qué clase de enfermedad ocular padeció Shunkin, ni se vuelve a hacer mención de ello en la *Vida*. Pero Sasuke declaró en cierta ocasión lo siguiente: «Al árbol alto le envidia el viento, dice el refrán. Sólo por ser más bella y tener más talento que otras, mi maestra fue víctima de los celos dos veces en su vida. Todos sus males nacieron de esas dos agresiones». Estas palabras inducen a pensar que tras la desgracia de Shunkin hubiera alguna circunstancia peculiar.

En otra ocasión Sasuke dijo que su maestra había quedado ciega debido a una oftalmia purulenta. Ahora bien, Shunkin estaba no poco malcriada por haber crecido entre algodones, pero de niña era tan alegre y vivaracha y simpática, y tan considerada con quienes la servían, que se llevaba bien con todo el mundo. Estaba muy unida a sus hermanos y hermanas, y para todos era la reina de la casa. Sin embargo, se dice que el aya de su hermana más pequeña la odiaba en secreto, resentida por el favoritismo que le mostraban sus padres. Dado que la oftalmia purulenta es una infección venérea de las mucosas de los ojos, Sasuke debió de insinuar, tuviera o no fundamento para pensarlo, que de algún modo el aya había conseguido privar de la vista a Shunkin. El genio violento que ésta mostró después autoriza a preguntarse si algún incidente de esa clase contribuiría a configurar su carácter. De cualquier manera, las opiniones de Sasuke no merecen ser admitidas a pies juntillas; no es la única vez en que su dolor por Shunkin parece haber envenenado su actitud hacia otras personas. Lo más probable es que sus sospechas del aya carecieran de base.

Sea como fuere, no me compete tratar de resolver ese problema; me basta señalar que Shunkin perdió la vista a los ocho años. Y que «a partir de entonces Shunkin dejó de bailar, y aplicó todas sus energías al estudio del koto y del samisen, y al arte afín del canto, y consagró su vida a la música». En otras palabras, fue la ceguera la

causa de que Shunkin se orientase a la música. Sasuke decía que ella le había dicho muchas veces que su verdadera vocación estaba en la danza; que quienes alababan su voz o su arte con el koto y el samisen no la conocían verdaderamente, y que si tuviera vista sería bailarina. Esto suena un poco arrogante, como si pretendiera hacer notar cuán alto había llegado incluso en un arte para el que no tenía verdaderas dotes. Pero quizá Sasuke exageraba sus palabras. Parece cuando menos posible que un comentario fortuito de ella, fruto de un impulso momentáneo, le impresionara tanto que siguió recordándolo como prueba de que era una persona realmente superior.

La anciana de Haginochaya que todavía va a ocuparse de las dos tumbas es Shigizawa Teru, ilustre exponente de la escuela Ikuta de tañedores de koto. Sirvió con abnegación a Shunkin en sus últimos años, y después a Sasuke. «He oído decir que mi maestra bailaba muy bien», me dijo refiriéndose a Shunkin; «pero empezó a estudiar el koto y el samisen cuando sólo tenía cuatro o cinco años, y desde entonces los practicó asiduamente. Si se aplicó a la música no fue sólo por haberse quedado ciega. En aquella época todas las señoritas de buena familia empezaban a estudiar música a temprana edad. Dicen que a los nueve años Shunkin memorizaba una pieza larga de koto con oírla una sola vez, y que ella sola la sacaba en el samisen. Se ve que era un genio de nacimiento; ¡eso no lo hace cualquiera! Una vez que se quedó ciega, es de suponer que estudiara con más ahínco que nunca. Pondría en ello alma y vida».

Probablemente tiene razón Teru, y la verdadera vocación de Shunkin era la música. Yo me inclino a dudar de sus dotes para la danza.

Aunque Shunkin «pusiera en ello alma y vida», quizá no aspirase a ser intérprete profesional; no tenía que pensar en ganarse el sustento. Sería otra la razón que más tarde la impulsara a abrir su propia academia, y la enseñanza no fue nunca su único medio de vida. La asignación mensual que recibía de sus padres, aunque no bastara para satisfacer sus lujosos gustos, era muy superior a los ingresos que le proporcionaba su trabajo.

Así pues, al principio debió de practicar con tanto ahínco sólo por placer, sin pensar en el futuro, desarrollando su talento natural mediante aquella pasión por la música. Probablemente sea cierto, como nos dice la *Vida*, que «al cumplir los catorce años Shunkin había hecho tales progresos que ninguno de sus condiscípulos podía compararse con ella».

Esto refiere Shigizawa Teru: «Mi maestra presumía de que su ma-



esto Shunsho, que era muy estricto con sus alumnos, jamás la reprendió. Y no sólo eso, sino que a menudo la alababa. A mí me ha contado que Shunsho se tomaba un interés personal por su trabajo, y que con ella era extraordinariamente amable y gentil; ella no podía entender que otros le tuvieran miedo. Es de suponer que si la trataba tan bien sería debido a su talento. Shunkin no tuvo que sufrir para aprender, como suele ser el caso».

Siendo hija de la acaudalada familia Mozuya, ningún profesor, por estricto que fuera, habría sido tan severo con Shunkin como con los hijos de músicos profesionales; además, Shunsho querría proteger a aquella pobre niña cuya infancia feliz se había visto tan inesperadamente truncada por la ceguera. Pero yo me figuro que sería su capacidad, más que ninguna otra cosa, lo que le granjeara la admiración y el cariño de su maestro.

Se preocupaba más por ella que por sus propios hijos: cada vez que Shunkin perdía una clase por estar enferma, inmediatamente Shunsho mandaba alguien a su casa a interesarse por su estado, o iba a visitarla en persona. No era ningún secreto que estaba muy orgulloso de tenerla entre sus alumnos. A los demás, hijos de profesionales, les decía: «¡Todos ustedes deberían ponerse por modelo a la pequeña Mozuya! Pronto tendrán que ganarse la vida con esto, y no le llegan ni a la suela del zapato». (Siempre hablaba de Shunkin con familiaridad, posiblemente porque también había dado clase a su hermana mayor y era amigo de la casa.)

Un día en que otros alumnos se quejaron de su excesiva bondad hacia Shunkin, les respondió que dejaran de decir tonterías. «El mejor profesor es el más estricto», dijo. «Yo sería más bondadoso hacia esa niña si la riñera. Pero es tan brillante, tiene tal capacidad natural, que seguiría aprendiendo aunque no recibiera de mí ninguna ayuda. Si yo fuera realmente exigente con ella, su excelencia sería tan asombrosa que todos ustedes agacharían la cabeza avergonzados. Pero pertenece a una familia de dinero y nunca tendrá que ganarse la vida; por eso en lugar de darle a ella una formación rigurosa pongo todas mis energías en intentar sacar intérpretes pasables de un manojo de zopencos. ¿De qué se quejan ustedes?»

Shunsho vivía en Utsubo, a un kilómetro del establecimiento Mozuya de Doshomachi, pero Shunkin iba a dar clase en su casa todos los días, llevada de la mano por el chico de la tienda. Ese chico era Sasuke, y fue así como empezó su relación con ella.

Como he dicho, Sasuke había nacido en la localidad de Hino en Omi. Allí tenían sus padres una droguería, y tanto su padre como su

abuelo habían aprendido el oficio trabajando en la casa Mozuya de Osaka. Para Sasuke, por lo tanto, servir a la familia Mozuya era servir a su señor hereditario.

Ya que inició su aprendizaje a los doce años y tenía cuatro más que Shunkin, Sasuke entró en la casa Mozuya cuando la niña tenía ocho, la edad a la que perdió la vista. Cuando Sasuke llegó, los bellos ojos de Shunkin se habían apagado para siempre. Toda su vida, sin embargo, Sasuke se consideró afortunado por no haber visto jamás la luz de sus ojos. Si la hubiera conocido antes de la ceguera, su rostro después quizá le hubiera parecido imperfecto; pero por suerte nunca fue consciente del menor fallo en su belleza. Desde el primer momento sus facciones le parecieron ideales.

Hoy las familias pudientes de Osaka se van a vivir a las afueras y sus hijas son deportistas acostumbradas al sol y al aire libre. Aquel tipo antiguo de beldad protegida, la muchacha que crecía en una clausura de invernadero, ha desaparecido. Pero todavía los niños de ciudad suelen ser pálidos y delicados en comparación con los que se crían en el campo. Son más refinados, o, si se quiere, más enfermizos. En particular, la gente de Osaka y Kioto siempre ha estimado la complexión clara y se ha caracterizado por la blancura del cutis. Los hijos de las viejas familias de Osaka son tan esbeltos y graciosos como sus homólogos del teatro; sólo hacia los treinta años les toma color la cara y su cuerpo entra en carnes, y de golpe adquieren la corpulenta dignidad que conviene a un ciudadano próspero. Hasta entonces tienen la misma blancura de cutis que las mujeres, y su gusto en el vestir también es un poco afeminado. ¡Cuanto más extraordinaria no sería la radiante blancura, la pureza translúcida de la piel, en las hijas de familias adineradas antes de la era Meiji, crecidas en la penumbra de oscuras habitaciones interiores! ¡Qué extrañas y fascinantes le parecerían a un muchacho como Sasuke!

En aquella época la hermana mayor de Shunkin tenía once años, y la siguiente a ella tenía cinco. Para Sasuke, recién llegado del campo, las niñas Mozuya eran increíblemente hermosas. Lo que más le impresionó fue el misterioso encanto de la ciega. Sus ojos cerrados le parecían más vivos y bellos que los abiertos de sus hermanas; sentía que su rostro era absolutamente natural, que no tendría por qué haber sido distinto.

Aun suponiendo que Shunkin fuera la más bella de las cuatro hermanas, como todos decían, es muy posible que la lástima tuviera algo que ver con la admiración general que despertaba. Pero Sasuke lo habría negado. Años después, nada le ofendía más que la idea de que su amor por Shunkin brotase de la conmiseración. «¡Eso es

ridículo!», respondía ásperamente. «Cuando miro a la cara de mi maestra no se me ocurre jamás sentir pena por ella, ni pensar que sea digna de lástima. Nosotros, los vulgares, somos los desdichados. ¿Una dama tan hermosa y de semejante talento va a necesitar la compasión de nadie? La realidad es que es ella quien se apiada de mí, y me dice "pobre Sasuke". Todos tenemos nuestras facultades, pero ella es muy superior a nosotros en todos los aspectos. Nosotros somos los deficientes, en mi opinión.»

Pero eso sería después. Al principio Sasuke no fue más que su criado fiel, aunque sin duda en su corazón ardía ya una llama secreta. Tal vez no se había percatado aún de estar enamorado de ella, de aquella niña inocente que era la hija de su señor hereditario. Tuvo que inundarle de alegría pasar a ser su lazarillo y poder salir con ella todos los días. Parece extraño que a un chico de la tienda recién llegado se le confiara la tarea de acompañar a la preciada hija de los Mozuya, pero inicialmente no fue el único que desempeñaba ese cometido. A veces Shunkin salía con una de las doncellas, o con otro aprendiz de más edad. Hasta que un día dijo: «Quiero que me lleve Sasuke», y de allí en adelante fue su deber exclusivo. Él tenía entonces trece años.

Radiante de orgullo por aquel gran honor, Sasuke caminaba a su lado, con la palma de la manita de Shunkin posada en la suya, hasta la casa de Shunsho. Después esperaba a que acabase la lección para acompañarla en el trayecto de vuelta. Shunkin apenas le dirigía la palabra, y Sasuke no hablaba mientras ella no lo hiciera, poniendo toda su atención en guiarla con seguridad por la calle. Una vez, a la pregunta de por qué le había escogido, Shunkin respondió: «Porque es muy educado y no se dedica a parlotear».

Es verdad, como he dicho, que al principio Shunkin era muy simpática y se llevaba muy bien con todo el mundo. Pero cuando perdió la vista se volvió hosca, casi huraña, y rara vez se reía. Así que quizá lo que le agradaba de Sasuke era que cumpliera con su obligación fielmente y sin reclamar atención, sin charla superflua. (Dicen que a Sasuke no le gustaba verla reír. Me figuro que le resultaría doloroso, porque hay algo patético en la risa de un ciego.)

Pero ¿era realmente porque Sasuke nunca la molestaba por lo que Shunkin le escogió? ¿No sería vagamente consciente de su adoración y se complacería en ella a pesar de su tierna edad? Algo así puede parecer impropio de una niña de nueve años; pero si se piensa que Shunkin, aparte de ser una niña tan lista y precoz, había desarrollado una especie de sexto sentido como consecuencia de

su ceguera, no cabe desechar esa posibilidad. Incluso después, cuando Shunkin supo que estaba enamorada, fue demasiado orgullosa para confesar lo que sentía: hubo de pasar mucho tiempo para que se le entregara. De modo que es dudoso qué fuera lo que realmente pensaba de él al principio. En cualquier caso, se comportaba como si Sasuke apenas existiera, o al menos eso le parecía a él.

Para guiarla, Sasuke ponía la mano izquierda a la altura del hombro de Shunkin, y ella apoyaba la palma de la mano derecha en la palma abierta de él. Era como si Sasuke no fuera para ella más que una mano. Cuando quería que hiciera algo, nunca se lo decía claramente; se lo indicaba con un gesto, o frunciendo el ceño, o mascullando como si hablara consigo misma. Si una de aquellas indicaciones sutiles escapaba a la atención de Sasuke, era seguro que ella se enfadaría mucho, de suerte que él tenía que estar pendiente de sus menores movimientos y expresiones. Sentía que Shunkin le ponía a prueba para ver hasta dónde llegaba su diligencia. Mimada desde pequeña y agriado su carácter por la ceguera, Shunkin no le daba un instante de reposo.

Una vez, esperando en casa del maestro a que llegara la hora de la clase, Sasuke observó de pronto que Shunkin había desaparecido. Muy alarmado empezó a buscarla por todas partes, y descubrió que había ido al aseo. Siempre que quería ir se levantaba sin decir nada y dejaba la habitación, y Sasuke salía corriendo detrás de ella para conducirla hasta la puerta del aseo; cuando terminaba, Sasuke le echaba agua sobre las manos en el lavabo. Pero aquel día Sasuke no se había dado cuenta y Shunkin había ido sola, a tientas. Sasuke llegó corriendo en el momento en que ella buscaba el cazo del lavabo.

—¡Lo siento mucho! —dijo con voz temblorosa.

—No te preocupes —dijo Shunkin meneando la cabeza. Pero Sasuke sabía que si le dejaba salirse con la suya, después sería mucho peor para él. En tales circunstancias lo mejor era quitarle el cazo aunque ella se resistiera, y verterle el agua sobre las manos.

En otra ocasión, una tarde de verano, esperaban el turno de Shunkin y Sasuke estaba sentado en su habitual actitud de respeto, detrás de ella. Shunkin murmuró:

—Hace calor.

—Sí que lo hace —asintió él amablemente.

Ella guardó silencio unos momentos, y después repitió:

—Hace calor.

Sasuke, compendiando entonces lo que quería, tomó un abanico y se puso a abanicarle la espalda. Shunkin pareció quedar satisfe-

cha; pero tan pronto como el abaniquo se hizo un poco menos enérgico, repitió:

—Hace calor.

Era sobre todo con Sasuke, más que con el resto de la servidumbre, con quien Shunkin se mostraba terca y caprichosa. Sólo con él podía dar libre curso a esas inclinaciones, porque sabía que él se desvivía por tenerla contenta. Ésa era una de las razones de que apreciara tanto su compañía. Por su parte Sasuke, lejos de pensar que abusaba de él, veía con agrado sus exigencias. Acaso interpretara su extraordinario despotismo como una forma de coquetería y lo tomara como un favor especial.

La sala donde Shunsho enseñaba a sus discípulos estaba en un piso entresuelo, en la parte posterior de la casa, subiendo un tramo de peldaños. Cuando llegaba el turno de Shunkin, Sasuke la guiaba por la escalera hasta la sala y la depositaba en un asiento frente al profesor. Después le ponía delante el koto o el samisen y volvía a bajar la escalera para esperar hasta que terminara la clase. Pero durante la espera permanecía atento, aguzando el oído para seguir la música y subir rápidamente a buscarla en cuanto acabara la lección. De esa manera se le pegaron al oído las piezas que la niña aprendía a tocar y a cantar, y fue así como se formaron sus propios gustos musicales.

Hay que pensar que Sasuke había nacido con dotes para la música, ya que con el tiempo llegó a ser un ilustre virtuoso. Pero de no haber sido por la oportunidad de servir a Shunkin, de no haber sido por el amor apasionado que le llevaba a hacer suyo todo lo que a ella le interesara, seguramente habría vivido el resto de su vida siendo un vulgar droguero. Ya entrado en años y teniendo el reconocimiento oficial de maestro, siempre sostuvo que su arte no se podía ni comparar con el de ella. «De ella aprendí todo lo que sé», solía decir. No hay que tomar esas declaraciones al pie de la letra, porque su costumbre era menospreciarse mientras a ella la ensalzaba hasta las nubes. Pero fueran cuales fuesen sus respectivos méritos como artistas, parece innegable que Shunkin tenía un punto de genialidad, y Sasuke una gran capacidad de trabajo.

Antes de que acabara aquel año, cuando aún no había cumplido los catorce, Sasuke tomó en secreto la decisión de comprarse un samisen, y empezó a ahorrar de la pequeña asignación que le daba su amo y de las propinas que recibía cuando salía a hacer recados. Al verano siguiente pudo por fin adquirir un instrumento barato para practicar; lo despiezó para no llamar la atención del encargado, y

a hurtadillas subió por separado la caja y el mástil al dormitorio del desván. Noche tras noche, mientras los demás aprendices dormían profundamente, él practicaba en su samisen.

Al principio no tenía confianza alguna en sus aptitudes, ni aspiraciones de llegar a ser músico profesional; era únicamente que, por pura fidelidad, le atraía todo lo que le gustara a Shunkin. El hecho de que hiciera todo lo posible por ocultar ante ella su interés por la música demuestra que no aprendió a tocar el samisen para conquistar su amor.

Sasuke compartía un desván estrecho y bajo con otros cinco o seis empleados y aprendices. Les pidió que no dijeran nada a nadie de sus prácticas y les prometió que no les molestaría. Como todos eran jóvenes, se quedaban dormidos apenas apoyaban la cabeza en la almohada, y ninguno se quejó nunca. De todos modos, Sasuke esperaba hasta asegurarse de que dormían a pierna suelta, y entonces se levantaba y se iba a practicar dentro del armario donde se guardaba la ropa de cama. Ya el propio desván sería caluroso y sofocante, y en las noches de verano el calor tenía que ser insoportable en aquel armario. Pero encerrándose allí Sasuke amortiguaba el sonido de las cuerdas y al mismo tiempo evitaba que le distrajeran los ruidos del exterior, por ejemplo los ronquidos de sus compañeros. Sobra decir que tenía que cantar en voz baja las partes vocales, y pulsar las cuerdas con los dedos en lugar de plectro: sentado en la oscuridad del armario, tocaba sólo guiado por el tacto.

Pero nunca le incomodó la oscuridad. Los ciegos viven así continuamente, se decía, y así es como Shunkin tiene que tocar el samisen. Le hacía feliz haber encontrado sitio en el mundo oscuro de ella. Mucho después, cuando ya podía practicar libremente, seguía conservando la costumbre de cerrar los ojos cada vez que cogía el instrumento, y explicaba que sentía la necesidad de hacer exactamente lo que hacía Shunkin. Quería, en fin, sufrir la misma deficiencia que Shunkin, compartir hasta donde fuera posible la vida de los ciegos. Es indudable que a veces los envidiaba. Y esas actitudes, que persistieron en él desde la adolescencia, ayudan a explicar su posterior ceguera. Era algo que tenía que ocurrir.

Me figuro que todos los instrumentos musicales serán igualmente difíciles si se trata de dominar sus secretos más escondidos. Pero el violín y el samisen plantean problemas especiales para el principiante porque no tienen trastes y hay que afinarlos siempre antes de tocar. Son los instrumentos menos adecuados para un autodidacta, y en aquella época no había notación musical para el samisen. Se

suele decir que con un buen profesor se necesitan tres meses para aprender a tocar el koto y tres años para el samisen; pero Sasuke ni tenía dinero para un instrumento tan caro como el koto ni habría podido pasar de contrabando un objeto tan voluminoso. Tuvo que empezar por el samisen. Eso sí, desde el primer momento supo afinarlo, lo que no sólo indica que tenía muy buen oído, sino que demuestra con cuánta atención escuchaba durante sus esperas en casa de Shunsho. Todo lo que iba aprendiendo –los distintos modos, la letra y la melodía de las canciones, el fraseo– lo aprendía a fuerza de recordar lo que había oído; no había otra manera.

Cerca de medio año siguió practicando en secreto, sin que nadie lo supiera aparte de sus compañeros de dormitorio. Hasta que cierta noche de invierno, de madrugada (eran cerca de las cuatro y la oscuridad total), la madre de Shunkin se levantó para ir al retrete y oyó que de alguna parte llegaban débilmente las notas de un samisen. En aquellos tiempos era costumbre entre los músicos hacer «ejercicios de pleno invierno», esto es, levantarse en la estación fría antes del amanecer, exponerse al viento helado y practicar. Pero Doshomachi era un barrio mercantil donde se sucedían una tras otra las respetables casas de comercio, no un lugar propicio para encontrar músicos ni cantantes profesionales ni oír jolgorio alguno a tales horas. Además era todavía noche cerrada, demasiado temprano incluso para los ejercicios de pleno invierno; y aquel samisen lo estaban tocando muy suavemente, con los dedos, no de forma sonora y enérgica con el plectro como habría sido lo normal. Quienquiera que fuese el tañedor, parecía repetir el mismo pasaje una y otra vez, como para perfeccionarlo. Debía de ser un estudiante aplicado.

La madre de Shunkin se sorprendió de oír la música, pero no le dio gran importancia y se volvió a acostar. Sin embargo, volvió a oír la varias veces al levantarse por la noche, y otras personas de la familia dijeron haberla oído también, y se preguntaron de dónde saldría aquello; ¡no sería un fantasma! De ese modo se discutió el asunto a espaldas de los empleados y aprendices.

Todo habría ido bien si Sasuke hubiera seguido practicando en el armario; pero, como nadie parecía descubrirle, se envalentonó. Desde que robaba horas al descanso para dedicarlas a la música le aquejaba la falta de sueño, y al encerrarse en aquel armario sin ventilación le entraba en seguida la somnolencia. Ésa fue la razón de que al final del otoño empezara a salir al tendedero de la azotea para hacer sus prácticas nocturnas al aire libre. Se acostaba a las diez, como el resto de los empleados de la tienda, y a eso de las tres de